

La Unión Europea, pese a la crisis institucional, puede verse revitalizada.

¡Vaya camino el del esloveno!

El camino del esloveno es curioso y peculiar. No se trata de hablar de la lengua o de una metáfora para demostrar una determinada teoría. No. Literalmente los ciudadanos eslovenos se pueden encontrar en muy poco tiempo con una gran paradoja que ayuda a entender lo que está ocurriendo en Europa y que debería hacer reflexionar sobre la poca presencia en la escena catalana del debate europeo, de la necesidad de reformas y de las oportunidades y retos que el conjunto de la sociedad europea se encontrará en breve. Lo explicaba la secretaria para la Unión Europea de la Generalitat, Anna Terrón, en la XVI Jornada del Consell Català del Moviment Europeu, que se celebró esta semana en el Parlament. Decía que había asistido a una conversación interesante en el Comité de las Regiones. Una señora eslovena y un señor húngaro reflexionaban sobre Europa. Se trata de dos nacionalidades que acaban de llegar a la casa europea, pero que culturalmente, entre otros muchos factores, forman uno de los núcleos de lo que ha sido siempre Europa, con mayúsculas. El señor húngaro le explicaba a la señora eslovena: "Mira el viaje que habéis hecho para acabar no teniendo fronteras con Croacia, que es como acabaréis". La señora, firme y contundente, le replicó que los eslovenos tendrán fronteras con Croacia y que necesitan la Unión Europea, precisamente, para garantizar esas fronteras con Croacia. El húngaro insistió, dando, quizá, la llave para tantos pueblos del este europeo que están a punto de recobrar la historia, después de haber permanecido en el congelador del telón de acero: "No, esto de Europa consiste en la desaparición de fronteras". Añadía que ese era el mensaje que se había transmitido en la campaña de adhesión en Hungría a favor de la UE. Sólo en un proyecto político de esa envergadura, los húngaros, repartidos como minorías en varios países del Este, podrían reunificarse, sentirse, de nuevo, parte de un proyecto común.



Manel Manchón

Esa idea que los húngaros, por fuerza, ven muy clara, a pesar de sus problemas internos y de sus desequilibrios económicos y sociales, sigue sin llegar de forma nítida a las sociedades más aposentadas y maduras, que siguen encerradas en sus Estados nacionales. En Catalunya existe un mayor interés que en el conjunto de España, y ello explica la actividad de organismos como el Consell Català del Moviment Europeu, constituido en París en 1949, que agrupa a ayuntamientos, asociaciones, universidades y profesionales. Sus primeros impulsores fueron Heribert Barrera y Anton Cañellas, demostrando el histórico europeísmo de los políticos catalanes. Pero ahora hace falta algún impulso mayor para superar una imagen negativa de la Unión Europea y es su supuesta parálisis, su rostro negativo que se asocia a una gran crisis institucional y política, producto, en gran medida, de los referéndums en contra de la Constitución europea de Francia y Holanda.

En la misma jornada, en el Parlament, Jordi Pujol insistió en dos ideas que repite en los últimos años: la necesidad de reformas para poder mantener "el mejor modelo económico y social del mundo" y también la preocupación por el menor peso de la población europea en el contexto mundial. El acomodo de los europeos es el gran peligro que tiene el modelo de bienestar. Por ello, aunque el riesgo es enorme, es positiva la incorporación de los países del Este. Tal vez la incorporación a la UE de países como Bulgaria o Rumania se antoja precipitada, pero ¿qué dirían Elías Canetti o Mihail Sebastian si se les dijera que se quedan fuera de su propia casa?